

# La agricultura familiar “moderna”.

## Caracterización y complejidad de sus formas concretas en la región pampeana

Javier Balsa y  
Natalia López Castro

### Introducción

La producción agrícola pampeana ha tenido históricamente una fuerte presencia de familias productoras con características modernas: fuerte orientación al mercado, mecanización y escasos vínculos comunitarios. Sin embargo, desde mediados del siglo XX, asistimos a un progresivo debilitamiento de algunos de los rasgos familiares de la mayoría de las unidades pequeñas y medianas y, en las últimas décadas, a la expansión de formas de producción más típicamente capitalistas que se han ido adueñando de la mayor parte de la producción agrícola de la región, con la correlativa crisis de las unidades de tipo familiar.

En este contexto, cabe preguntarnos acerca de la viabilidad de las formas familiares que persisten/resisten en la agricultura pampeana. Sin embargo, antes de abordar esta cuestión, consideramos imprescindible precisar la definición de lo que consideramos “agricultura familiar” para, luego, analizar sus manifestaciones concretas y contribuir al conocimiento de las diversas formas que adopta en el medio pampeano. Luego, analizamos también las implicancias de los rasgos distintivos de las explotaciones familiares en relación a su capacidad competitiva histórica frente a las unidades capitalistas, y reflexionamos sobre los procesos que diluyen estos rasgos y ponen en cuestión su capacidad de sostenerse. Finalmente, describimos las características de las unidades familiares “exitosas” en el sudoeste bonaerense, como casos en los que observar la dinámica entre características familiares y el contexto concentrador del actual modelo de desarrollo agrario pampeano.

A través de este ejercicio, esperamos aportar al conocimiento de la realidad agraria pampeana, brindar algunas pistas acerca de las condiciones

de posibilidad de la producción familiar y contribuir con algunos elementos para repensar el contexto productivo actual y la propuesta política de un modelo agrario alternativo.

### **¿Qué tiene de particular la agricultura familiar “moderna”?**

La agricultura familiar “moderna” puede distinguirse a partir de una serie de rasgos que la diferencian tanto de las unidades de tipo campesino como de las empresas agropecuarias capitalistas. Estas divergencias las hemos puesto en relieve para la distinción analítica de los actores sociales agrarios (a partir de la construcción de tipos ideales). En el esfuerzo por diferenciar a este tipo de unidades, cabe, además, reflexionar acerca de la forma de nombrar y referirnos a los actores involucrados en la agricultura familiar. En general suele identificarse a las personas que llevan adelante la actividad como “productores”, dando a la caracterización un sesgo masculino e individual, cuando la referencia a la familia debería incluir a los miembros de ambos géneros y a más de una persona (al equipo de trabajo). Es por esto que proponemos hablar de “familias productoras” en vez de “productores familiares”, tratando de dar cuenta de la incidencia en la dinámica productiva y familiar del conjunto de sus miembros y de contrarrestar la tendencia a reproducir esquemas de poder establecidos, que se reflejan a nivel discursivo (aún de manera poco consciente)<sup>1</sup>.

La producción familiar agropecuaria presenta tres características que podemos calificar como “modernas” y que se encuentran vinculadas con el contexto económico capitalista y el tipo de sociedad moderna en la que están insertas: prácticamente todas las labores se realizan con maquinaria producida en industrias capitalistas, la producción está principalmente orientada a su venta en el mercado capitalista (nacional o internacional) y las prácticas comunitarias están ausentes de los procesos de producción. En esto difieren de las unidades campesinas, poco mecanizadas y, en general, con una inserción diferencial en los mercados (ya sea porque orientan su producción mayormente al autoconsumo, se insertan en posiciones

---

<sup>1</sup> Este deslizamiento hacia la familia como centro de la nominación/definición merece una reflexión sobre qué entendemos por familia hoy en día, qué estereotipos se dejan atrás y cuáles cobran más fuerza, cómo juegan en las representaciones que construyen de sí mismos los sujetos y el papel de las nuevas formas de organizar a aquellos “sentidos/pensados” como parientes. Esta tarea excede los alcances del presente trabajo pero, sin dudas, resulta una tarea de ineludible en la construcción de conocimiento sobre la actualidad de la producción familiar agropecuaria.

subordinadas en los mercados nacionales o participan principalmente en mercados locales poco desarrollados o no enteramente capitalistas) y con cierto peso de las prácticas comunitarias en el propio proceso productivo. Como lo plantea Abramovay (1998), toda agricultura campesina es familiar pero no toda agricultura familiar es campesina.

Ahora bien, cabe preguntarnos qué características distinguen a estas unidades familiares “modernas” de las explotaciones capitalistas y qué consecuencias tienen esos rasgos sobre la dinámica de las explotaciones. Al ensayar esta distinción, recurrimos a la identificación de tres rasgos que permiten modelizar un tipo social en términos de “tipo-ideal” –ya que en la realidad es habitual que se presenten formas más híbridas y flexibles–, formando cierto *continuum* hasta llegar a las explotaciones capitalistas. Consideramos que resulta útil aislar estos elementos específicos en términos ideales para, desde allí, poder contrastar sus múltiples manifestaciones concretas.

En primer lugar, en las unidades familiares *no se explota trabajo asalariado*, por lo cual no se percibiría plusvalía (al menos no en forma directa). Esto distinguiría a las explotaciones familiares de las capitalistas, ya que la presencia o ausencia de trabajo asalariado es el criterio fundamental que diferencia la pequeña producción mercantil de la producción capitalista. En este sentido, coincidimos con el planteo de Djurfeldt (1996) en el sentido de que el elemento distintivo de la *family farm* es el predominio del trabajo familiar, frente a su desvalorización por parte de Errington y Gasson (1994). Esto, por su parte, no significa que el capital como recurso productivo se haya mantenido al margen de estas unidades familiares de tipo moderno. Por el contrario, a lo largo del todo el siglo XX se registró un aumento en la relación entre capital y unidad de superficie (que produjo un aumento de la productividad por unidad de extensión)<sup>2</sup> y, además, se incrementó la relación capital/trabajo (reduciéndose la cantidad de mano de obra necesaria, o, lo que es lo mismo, expandiéndose la capacidad de trabajar mayores superficies manteniendo constante el número de brazos). Sin embargo, la incorporación de bienes de capital no es suficiente para definir una forma de producción como capitalista, ya que el capital no es una cosa, un mero recurso productivo, sino una relación social centrada en la explotación de trabajo asalariado (Marx, 1894, T. III, Cap. XLVIII; Shaik 1991, 35-42)<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Véase un primer análisis de este fenómeno en Lenin (1917: 59).

<sup>3</sup> Aunque algunos autores no formulan esta distinción y describen como capitalista a cualquier agro mecanizado. Incluso, esto parece sostenerse en Lenin cuando afirma que en la agricultura “la máquina avanza sin cesar, elevando la técnica de la explotación, tornándola cada vez más importante, más capitalista”. Sin embargo, en el mismo

Al estar conformada la mano de obra en su totalidad por miembros de la familia a cargo de la unidad productiva, la fuerza de trabajo no es considerada como parte de los costos de producción (cuyo valor monetario estaría fijado en el mercado de trabajo capitalista). En cambio, la remuneración del trabajo de los integrantes de la familia es contabilizada dentro de los gastos de reproducción de la propia unidad doméstica. En este sentido, el costo laboral tendría un carácter relativamente fijo (no es posible expulsar fácilmente de la explotación a los miembros de la familia) y, simultáneamente, sería flexible (en años de bonanza la familia podría gastar mucho más que una retribución salarial, pero en años malos, podrían reducir los consumos por debajo de los niveles salariales de mercado).

De todos modos, este carácter fijo es relativo ya que los miembros de la familia pueden, por un lado, proletarizarse transitoriamente saliendo a buscar empleos eventuales (aunque en épocas de crisis las oportunidades escasean); por otro, los jóvenes pueden convertirse en trabajadores asalariados permanentes hasta que el ciclo familiar les permita pasar a estar al frente de las explotaciones, o, siguiendo una estrategia más autónoma, los miembros de la familia pueden directamente buscar horizontes laborales fuera de la explotación de forma permanente, tanto en el sector agropecuario como en empleos urbanos (por ejemplo, las mujeres como maestras).

En estos dos últimos casos, los individuos pueden o no seguir formando parte del núcleo doméstico anclado en la explotación. En la medida en que sigan formando parte, nos encontraríamos con explotaciones familiares complejas, que combinarían ingresos agropecuarios e ingresos no agropecuarios. En estos casos, el carácter flexible de las unidades tendería a perderse porque, en la medida en que las oportunidades de ingresos más altos en trabajos fuera de la explotación hacen menos atractivas las opciones de seguir trabajando dentro de las unidades, estos miembros ya no estarían disponibles para la realización de tareas eventuales en el establecimiento familiar. Además, en los casos en que ya no se aportan ingresos al núcleo doméstico, estaríamos en presencia de procesos de fisión.

En segundo lugar, en las explotaciones familiares la familia *conforma un equipo de trabajo* en el que los diferentes miembros asumen distintas funciones y tareas. Esta característica distintiva, cuya explicitación puede parecer tautológica, merece ser recordada pues numerosos trabajos académicos continúan hablando de “explotaciones familiares”, cuando ya no hay una familia involucrada en el trabajo de la explotación. Cabe aclarar que esto no

---

texto aclaraba que “el signo principal y el índice del capitalismo en la agricultura es el trabajo asalariado” (Lenin, 1917:107).

implica que todos los miembros de la familia deban estar necesariamente involucrados en el funcionamiento de la explotación sino que, al menos, un grupo de los integrantes de la familia (ampliada) lo esté. Tampoco se pretende soslayar, refiriendo a la existencia de un “equipo”, la ocurrencia de conflictos al interior de las familias, sino señalar la existencia de una forma de organización del trabajo que, muchas veces a través de la negociación, logra coordinar tareas y responsabilidades y superar las tensiones entre visiones encontradas en pos del sostenimiento de la explotación (tanto como fuente de ingresos e inserción laboral como en su dimensión de patrimonio).

Existe una combinación de distintos factores que promueven la constitución y perduración de este equipo de trabajo familiar. Aunque la mayoría de estos factores se hallan íntimamente vinculados, en un esfuerzo analítico, intentaremos diferenciarlos. En primer lugar, el propio proceso de socialización en el contexto de la explotación agrícola predispone a las nuevas generaciones a integrarse al equipo de trabajo a través de distintas y graduales formas de trabajo infantil. Así, los niños (y en menor medida las niñas) maduran en un contexto de trabajo agropecuario, que se internaliza como el estilo de vida. De este modo, la dedicación a las labores agropecuarias es el resultado “natural” de este proceso, luego de finalizada la educación formal. Entonces, los hijos de agricultores familiares aprenden su rol laboral (cuestión propia del proceso de socialización secundaria en el mundo urbano moderno)<sup>4</sup> a lo largo de un *continuum* que no presenta rupturas con su socialización primaria. De este modo, se tiende a naturalizar la “opción” de dedicarse a la producción agropecuaria. Por otra parte, los propios lazos familiares favorecen la integración dentro del equipo de trabajo. Entre estos lazos, podemos distinguir un componente de tipo afectivo, basado en los vínculos que se establecen con padres, madres y hermanos/as, y un componente de tipo patriarcal (o, en ocasiones, matriarcal), estructurado en base a las relaciones de poder inherentes a las familias tradicionales (aunque las familias modernas no estén exentas de relaciones desiguales de poder)<sup>5</sup>. Finalmente, podemos distinguir cuestiones vinculadas con el mero interés económico para explicar la integración dentro del equipo de trabajo. Aquí encontramos desde la percepción de esta opción laboral como la más ventajosa en un contexto de escasas oportunidades reales (accesibles a los hijos/hijas) en la región donde se habita, hasta las expectativas de heredar a futuro el establecimiento familiar. Además, la propia dinámica de la explotación familiar refuerza la

<sup>4</sup> Al respecto, véase Berger y Luckman (1986).

<sup>5</sup> El esquema de equipo de trabajo suele implicar (aunque no necesariamente, pues hubo y hay esquemas estrictamente patriarcales) cierto grado de tomas de decisión

perduración del equipo de trabajo a través de la solidaridad mecánica (en tanto los miembros de la familia comparten la realización de tareas similares) y de la solidaridad orgánica (por la interdependencia generada por la complementación de funciones dentro de la unidad productiva y entre ésta y la unidad doméstica).

El hecho de que las unidades familiares estructuren su organización del trabajo en forma de equipos genera dos tipos de ventajas económicas frente a las explotaciones basadas en la fuerza de trabajo asalariada. Como primera ventaja, podemos señalar que los lazos familiares que unen a los integrantes del equipo posibilitan el despliegue de actitudes laborales particulares vinculadas con el compromiso de los miembros con un proyecto común. En este sentido, en líneas generales, los integrantes realizan las tareas con mayor dedicación, se ocupan del mantenimiento, hacen un uso cuidadoso de los equipos y muestran cierta disposición al sobre-trabajo. Además, se reducirían notoriamente los costos de supervisión, ya que puede confiarse en que los miembros de la familia realizarán las tareas con especial dedicación y cuidado. Solidaridades, vínculos afectivos e intereses materiales se combinarían, entonces, para sostener situaciones de sobre-trabajo (al menos en períodos de crisis) y procurar mayor protección y cuidado por encima de los normales ritmos de trabajo y dedicación que aportan los trabajadores asalariados a las unidades capitalistas.

Como segunda ventaja, en estas unidades familiares existe poca o nula separación entre el trabajo intelectual y el manual, ya que los miembros realizan tanto el trabajo manual directo dentro de la explotación, como las funciones de planificación, administración y gerenciamiento. Más allá de que puedan incluir el aporte de profesionales especializados para asesoramiento técnico agropecuario o contable, las tomas de decisión y su concreción están en manos de la familia. Entonces, se reducen notoriamente los costos de coordinación, ya que en muchos casos el mismo sujeto planifica y ejecuta las acciones; y, en los casos en que son suje-

---

en forma compartida. Así, la mujer y, a veces, los hijos e hijas mayores, aparecen cada vez más presentes e incidiendo en muchas decisiones que atañen a la dinámica de la explotación, aunque su actuación no resulte lo suficientemente visible ni reconocida (aun por las propias mujeres e hijos/as). Y esto se da, tanto porque se encargan de "la contabilidad", como porque analizan y deciden en conjunto con su esposo/padre. Pero, también, especialmente en el caso de las mujeres (excluidas de este nivel estrictamente vinculado con las decisiones productivas principales), ellas tienen un papel clave en la dinámica de la unidad, porque están a cargo de la unidad doméstica, que se encuentra íntimamente vinculada con la unidad de producción para el mercado (algo que no ocurre cuando no hay yuxtaposición entre ambas unidades). Para más referencias sobre estos procesos ver también Stölen (2004) y Biaggi *et al.* (2007).

tos distintos, existe una larga historia previa de coordinación de tareas entre los miembros de la familia, por lo cual resulta mucho más fácil la interpretación de las órdenes<sup>6</sup>.

En tercer lugar, el otro elemento que resulta definitivo de las explotaciones en tanto familiares es la existencia de una *racionalidad particular*, influenciada por tres factores: la integración entre unidad productiva y doméstica, el papel que juega en la dinámica productiva-familiar la conservación del patrimonio familiar (relacionado en general con la preservación del establecimiento), y la existencia de un proyecto de vida vinculado a la actividad agropecuaria y con un cierto modo de vida rural deseable.

El primer factor que incide en la configuración de esa peculiar racionalidad, la coincidencia entre unidad de producción y unidad de consumo (Galeski, 1977), refiere a que las acciones de las familias productoras combinan en sus objetivos la reproducción, en las mejores condiciones posibles, de sus unidades productivas (para poder sostener e incluso expandir sus fuentes de ingresos y de recursos) y la satisfacción, también en la mayor medida posible, de las necesidades de consumo de la familia (más o menos básicas, dependiendo del momento del ciclo familiar y de la coyuntura económico-productiva por la que se esté atravesando).

Esta conjunción se refleja, también, en la escasa distinción entre empresa y familia, entre “hacienda” (actividad orientada a cubrir necesidades) y “empresa” (actividad orientada a obtener ganancia), en términos weberianos (Weber, 1922:89). Es decir, que las tomas de decisión no se regirían en estos casos por parámetros estrictamente capitalistas de remuneración de los factores productivos y obtención de una tasa de ganancia media sino que, en sus objetivos últimos, intervendrían elementos extraeconómicos. No habría un cálculo económico estrictamente capitalista (D-M-D'), sino M-D-M), al menos en los períodos de crisis. Y esto se mantiene, en algún grado, incluso en el actual contexto de avance del capitalismo e inmersión creciente de las familias en sus reglas de juego. Aún hoy, en muchos casos la disociación entre familia y empresa no se ha dado plenamente; y es posible hablar de una situación intermedia de racionalidad “formal”, orientada por la maximización de beneficios, pero limitada por objetivos familiares, y, en ese sentido, con elementos de racionalidad “material” (sobre esta distinción entre tipos de racionalidades, véase Weber, 1922).

El segundo factor que configura la “racionalidad familiar”, es el mantenimiento y resguardo del patrimonio familiar (material y simbólico) como objetivo central de la dinámica de la explotación (que es, en mu-

---

<sup>6</sup> Para más detalles acerca de la incidencia de los problemas de coordinación y supervisión en el funcionamiento y competitividad de las unidades productivas, ver Madden (1967).



chas ocasiones, también el emplazamiento del hogar familiar). En algunos casos ese patrimonio posee un carácter tradicional (en términos de un tipo ideal, extremo) y la familia actual se constituye en una especie de garante de la perduración del “sagrado” patrimonio familiar. En este sentido, la racionalidad puesta en juego en el manejo de la explotación es atravesada fuertemente por creencias que la alejan de una racionalidad completamente “formal” (perseguir la maximización de la ganancia/renta), y sería más adecuado hablar de una racionalidad “material” (guiada principalmente por el objetivo de garantizar la continuidad intergeneracional del establecimiento familiar). En esta misma línea, Friedmann (1978) plantea que el compromiso diferencial con la supervivencia de la empresa que caracteriza a la producción familiar se sustenta en valores más allá de la subsistencia económica, como el traspaso del patrimonio y los valores familiares.

Estudios de Salamon (1989 y 1992) muestran la persistencia de estos patrones de conducta económica guiada por la preservación del patrimonio, entre los descendientes de inmigrantes germanos y nórdicos en las planicies del Midwest, aún en la década de 1980<sup>7</sup>. En el largo plazo, en las áreas estudiadas por Salamon (1989), la tierra fue quedando en manos de los productores yeomen (quienes tenían como objetivo central la reproducción de la explotación y su transmisión intergeneracional), mientras que los *entrepreneurs* (que pensaban la explotación como un negocio que optimiza los retornos financieros en el corto plazo) fueron golpeados muy duramente por las crisis.

Este eje en la preservación del patrimonio resulta notorio en el caso en que exista una identidad entre explotación familiar y propiedad territorial, es decir, cuando la familia posee el campo en propiedad. Luego, existen situaciones intermedias, en los casos en que la tenencia en propiedad se reduce a una fracción menor del conjunto de tierras operadas, cuya mayor parte se encuentra en arriendo. De todos modos, en estos casos sigue siendo fácil identificar el objetivo de preservar ese núcleo en propiedad, especialmente cuando es la sede del hogar rural. En cambio, en los casos en que los campos son arrendados en su totalidad, existe una situación de mayor volatilidad y el patrimonio familiar se reduciría a la maquinaria, algunas mejoras trasladables (como los silos) y a un aspecto simbólico, identificable en la tradición de mantener una identidad como agricultores que se sostendría en forma intergeneracional a través de la transmisión de

---

<sup>7</sup> En el caso pampeano, Zeberio (1993) ha estudiado las fórmulas que emplearon los colonos para impedir la fragmentación, ya en las primeras décadas del siglo XX, frente a la legislación de subdivisión hereditaria.



la “vocación” y la conservación del patrimonio en tanto un saber y un ser productores agropecuarios (Archetti y Stölen, 1975)<sup>8</sup>.

Elementos como las expectativas de reemplazo o traspaso/herencia, lo que es visualizado como deseable para el futuro de los hijos y de los padres y la importancia atribuida a la conservación de la explotación en tanto patrimonio se ponen en juego en el devenir de las trayectorias de las unidades familiares. Y el modo en que se conjugan e interactúan puede propiciar, tanto el fortalecimiento del proyecto familiar (en caso de que pueda llegarse a un equilibrio entre las necesidades y expectativas personales y económico-productivas de los miembros de la familia), como la aparición de miradas y objetivos divergentes intra e intergeneracionalmente, que requieren de la negociación y la definición de formas superadoras para evitar que el conflicto determine el final de la explotación.

Vinculado a este segundo factor, encontramos un tercero: la incidencia sobre la lógica económica de las familias del deseo de mantener un modo de vida rural. Los integrantes de las explotaciones mercantiles simples pueden presentar muy distintos modos de vida, sin embargo, en la medida en que estamos en presencia de unidades familiares, especialmente con el mantenimiento del equipo de trabajo familiar, es habitual que se conserve un modo de vida rural. Dentro de esta idea de modo de vida incluimos características particulares de un amplio conjunto de actividades propias de la vida cotidiana pero, además de los patrones de conductas observables y rutinarias, también queremos incluir los valores y actitudes que se imbrican en estas actividades, tal como propone Stebbins (1997:349). En esta línea de reflexiones, Mooney (1988) destaca que para el *family farmer* exitoso (en tanto dispone de recursos suficientes, no como el que califica de “marginal”), *farming* es un modo de vida, y no una forma de hacer dinero. Y, dentro de este modo de vida, le da centralidad a la independencia como un valor esencial.

Este modo de vida rural se constituye tanto en un medio como en un objetivo de la explotación familiar. Es un medio pues una serie de características propias del modo de vida rural facilitan la viabilidad económica de la unidad familiar (por ejemplo, los bajos niveles de consumo, un tipo de sociabilidad menos asociada con la ostentación y una mayor dedicación

---

<sup>8</sup> Un caso extremo de pérdida del patrimonio con preservación de una tradición agrícola serían las familias que perdieron su condición de productoras al tener que entregar los campos (en propiedad o arrendados) y que continuaron vinculados al sector constituyendo pequeñas empresas prestadoras de servicios de maquinarias pero manteniendo, al menos parcialmente, la conformación del equipo de trabajo familiar en torno al equipamiento propio.

a la explotación propia de la residencia en la misma, entre otras características). Pero, al mismo tiempo, esta forma de vida se constituye en un fin en sí mismo, en tanto la familia realiza sus actividades procurando conservar la explotación, y el modo de vida asociado a la misma, a través de la adaptación de los estilos de manejo de la actividad a las diversas coyunturas.

El acoplamiento de estas tres características que distinguen a las unidades familiares tiene consecuencias en el plano de las identidades sociales: se constituirían sujetos que trabajan en forma directa, no explotan asalariados, conforman un equipo de trabajo familiar, y poseen un modo de vida rural y tienen como objetivo vital la perpetuación de la misma como parte del patrimonio familiar. En este sentido, se autodefinen como “trabajadores” y no como “patrones”, se consideran “independientes” tanto del capital como del trabajo asalariado, “de campo” (y no de ciudad), y “continuadores de una tradición/establecimiento familiar”. Tenderían, además, a crear una particular subjetividad en la medida en que cuenten con una tradición cultural que celebre este esquema, y condiciones de vida que hagan atractiva esta opción vital (ésta es una importante diferencia entre la cultura agraria norteamericana, con sus múltiples representaciones de la vida de los *farmers* y la carencia de celebraciones culturales de los chacareros en la Argentina)<sup>9</sup>.

Estos rasgos suelen combinarse y potenciarse mutuamente en contextos típicamente familiares. Así, por ejemplo, la residencia en la explotación fortalece la identificación entre unidades de producción y consumo, y ambas refuerzan la idea del patrimonio familiar como bien a preservar y engrandecer a través del sacrificio de todos los miembros de la familia trabajando como un equipo. Esto, a su vez, se potencia por la posibilidad de su herencia, al tiempo que el vivir y trabajar en conjunto suele incrementar los lazos afectivos y funcionales (orgánicos y, también, mecánicos).

En cambio, deslizamientos en algunas de estas características debilitan los aspectos que distancian a las unidades familiares respecto de las típicamente capitalistas, y tienden a favorecer modificaciones en otros rasgos. De este modo, la radicación urbana de la familia, y la consiguiente diferenciación entre unidad de producción y unidad de consumo, no solo impacta en la mercantilización de los consumos y en un cambio en la racionalidad económica sino que, también, va a impulsar cambios en torno a la disolución de la familia como equipo de trabajo, ya que, por ejemplo, los miembros que menos trabajaban van a tender a no viajar a la explotación en forma diaria. Asimismo, los nuevos horizontes vitales que se abren con la vida urbana pueden tender a correr del centro de las preocupaciones de

---

<sup>9</sup> Ver detalles en Balsa (2004).

las nuevas generaciones la preservación del patrimonio familiar. De modo similar, la incorporación de algunos peones asalariados tiende a introducir una racionalidad de tipo capitalista, con la percepción de plusvalía y la apertura hacia nuevas posibilidades educativas y profesionales para las nuevas generaciones.

Si bien algunos de estos movimientos tienen consecuencias positivas en términos de calidad de vida, eficiencia económica y otras características propias de un proceso de “modernización” (por ejemplo, un mayor acceso a niveles más altos de educación, acceso a servicios de salud, a medios de comunicación, actitudes más empresariales, entre otras), en el mediano plazo provocan una reducción en las ventajas comparativas (en términos de capacidad de competencia) de las explotaciones familiares en relación con otro tipo de unidades agropecuarias. Por otra parte, en nuestro país, ese proceso “modernizador” ha tenido un carácter concentrado y urbanizante que ha limitado las posibilidades de las familias de permanecer en el medio rural. En particular, tienen gran incidencia en este proceso las deficiencias de infraestructura vial, de prestación de servicios públicos básicos y de acceso a la educación pública en gran parte del ámbito rural. Si bien en la región pampeana el acceso a servicios como electricidad y comunicaciones ha mejorado en los últimos años, los problemas con la calidad y cantidad de caminos rurales y el escaso número de escuelas (sobre todo secundarias) limita la permanencia de la totalidad de la familia en la explotación, y el trasladarse al pueblo más cercano se vuelve una necesidad para asegurar la educación de los hijos.

### **Las situaciones “grises” y los factores que inciden en la dilución de los rasgos distintivos**

Una vez planteadas las características distintivas de las unidades familiares, en términos típico-ideales, nos ocuparemos del complejo panorama que muestra el escenario social del agro pampeano. Para esto, intentaremos identificar situaciones “grises” (en tanto alejadas de los rasgos típico-ideales de las unidades familiares o capitalistas) y procesos particulares que dan cuenta de las diversas formas de organización de la producción agropecuaria. Entre las situaciones “grises” analizaremos, por un lado, los cambios en la organización social del trabajo que afectan la exclusividad de la familia estructurada como equipo de trabajo (la existencia de unidades mercantiles simples de tipo unipersonal, las explotaciones con equipo de trabajo familiar que incorporan trabajo asalariado y las que tercerizan parte de sus labores, y las unidades que desarrollan estrategias de pluriactividad y/o pluriinserción). Por otro lado, comentaremos brevemente, las transformaciones que operan sobre la racionalidad propia de la explotación familiar.

Entre las cuestiones vinculadas con la organización social del trabajo, en primer lugar, cabría distinguir a estas unidades típicamente familiares de las explotaciones mercantiles simples pero no familiares. Ambas forman parte de la pequeña producción mercantil o producción mercantil simple (PMS), lo que implica un productor que produce, con su propio trabajo (eventualmente también con el de su familia) y con sus propios medios de producción, bienes que esencialmente realiza en forma de mercancías (más allá de que pueda destinar una parte al autoconsumo). Se diferencia de las formas campesinas en que su reproducción no involucra importantes relaciones comunales y/o de clase que pudieran limitar la penetración de las relaciones mercantiles en el proceso productivo (Friedmann, 1980:162).

Es teórica e históricamente posible observar que unidades de PMS se constituyan en base al trabajo individual o al de unos pocos miembros asociados (no familiares entre sí). Sin embargo, esto no es algo que se haya dado comúnmente en la historia de la agricultura, como lo señalaba Kautsky (1899:108). Si bien es cierto que el concepto de producción mercantil simple no implica al de familia, ambos se han articulado históricamente en el agro en “unidades productivas familiares”. La forma no familiar sino individual de desarrollar la producción recién ha comenzado a cobrar relevancia en las últimas décadas, en las explotaciones pequeñas y medianas del agro pampeano y norteamericano en las que, gracias a la elevada mecanización, el productor por sí solo, y a lo sumo con alguna ayuda, puede llevar adelante casi todas las tareas de la explotación.

En el caso pampeano, este esquema de producción unipersonal (en general combinado con alguna ayuda asalariada o la tercerización de alguna tarea) se encuentra vinculado con la radicación urbana de la familia. Ello suele conllevar la pérdida de varias de las características que hemos enumerado como propias de las explotaciones familiares: no solo ya no hay equipo de trabajo, sino que tampoco encontramos yuxtaposición entre unidad doméstica y unidad productiva, ni horizontes vitales centrados en la preservación del patrimonio familiar. En relación con este último punto, es posible que el incremento de las unidades unipersonales se deba no solo a limitaciones vinculadas con la escala y la imposibilidad de garantizar ocupación a los miembros de la familia, sino con la falta de sucesores que tengan intención y voluntad de seguir adelante con el proyecto agropecuario familiar. En este sentido, estarían jugando, tanto las experiencias de socialización urbana de los más jóvenes, como la intención de los mayores de “salvar” a sus descendientes de una vida “dura y sacrificada”. Aparece, así, el peso que tienen los nuevos parámetros de vida deseables, tanto en términos de confort como de proyecto laboral.

Una segunda situación que podría ubicarse en el espectro de los “grises” es aquella en que el esquema de organización de las unidades incorpora trabajo asalariado (permanente y transitorio) y/o la tercerización de labores.

La creciente incorporación de trabajadores asalariados y la externalización de tareas, procesos típicos de las últimas décadas de desarrollo capitalista agrario, implican, obviamente, un debilitamiento del perfil familiar de las explotaciones. Aun en casos en los que los miembros de la familia siguen constituyendo la mayor parte de la fuerza laboral, la integración de elementos vinculados con la explotación de tipo capitalista actúa sobre las racionalidades y lógicas y, junto con la difusión de un discurso “profesionalizante”, las decisiones aparecen cada vez más guiadas por la técnica y el cálculo económico.

Es cierto que, a menudo, el trabajo asalariado se incluye en las estrategias de las familias; en muchos casos, de un modo peculiar, que no permite una equiparación completa con la asalarización en el contexto de una empresa capitalista. Se lo integra más como “ayuda” que como base de funcionamiento de la explotación, o se emplea a amigos y gente de confianza o se comienza a remunerar regularmente el trabajo de miembros de la familia. Este último parece ser un fenómeno de creciente importancia. Un aporte en ese sentido es el trabajo de Neiman (2008), que analiza el recurso a la remuneración del trabajo familiar como medio para conservar la explotación familiar y asegurar la transición generacional.

Por otro lado, recurrir a la contratación de servicios de terceros para la realización de tareas agropecuarias puede resultar una herramienta de utilidad para el sostenimiento de la actividad productiva familiar, ya que actúa como solución ante coyunturas de alta demanda de trabajo en tramos puntuales del proceso productivo y permite realizar las labores con mayor eficiencia, sin que eso implique realizar grandes inversiones en maquinaria. Sin embargo, por otro lado, este recurso puede generar efectos negativos a nivel de las explotaciones al ir en detrimento de la generación de puestos de trabajo al interior de la familia y, llevado al extremo, transformar el carácter de los operadores, que dejarían de ser productores directos para ser simplemente gerenciadore. Al adquirir tales rasgos, estos agentes ya no podrían ser conceptualizados como agricultores familiares, y sería más adecuado denominarlos “cuasi-rentistas”, ya que, si bien pueden conservar alguna incidencia en el manejo de las unidades, obtienen sus ingresos principalmente de la renta de la tierra, y no del retorno por sus inversiones de capital y trabajo en la producción directa.

En tercer lugar, podríamos ubicar aquellos casos en los que la estrategia de la familia incluye la pluriactividad y/o pluriinserción<sup>10</sup> de los

---

<sup>10</sup> Consideramos pluriactivas a las familias en que la persona a cargo y/o algún miembro de la familia combinan el trabajo en la explotación con otra ocupación (Neiman, Bardomas y Jimenez, 2001). En el caso de familias en que alguno de los miembros no

miembros del hogar, con el resultado de unidades productivas más complejas por la incorporación de actividades extraprediales. Esto, al igual que los procesos que tratamos más arriba, puede darse en detrimento del sostenimiento de la explotación o resultar una estrategia necesaria para su persistencia.

La combinación de actividades dentro de la explotación con otras extraprediales (ya sean agrarias o no agrarias) puede estar orientada por objetivos diferentes, según las coyunturas y las trayectorias específicas. Por un lado, puede orientarse a completar los ingresos familiares para asegurar la reproducción de la unidad y el grupo doméstico; a generar procesos de acumulación que permitan la reproducción ampliada (con capitalización, expansión de escala); o, simplemente, a la satisfacción de necesidades de realización personal o profesional de miembros de la familia (lo cual puede actuar en detrimento del carácter familiar de las explotaciones, debilitando el compromiso de los miembros de las familias con el proyecto conjunto).

La creciente urbanización, el acceso a niveles educativos superiores, la conexión y el contacto cada vez más asiduo con el resto de la sociedad y la cultura nacional e internacional a través de los medios masivos y las tecnologías de la comunicación, favorece la aparición de nuevos horizontes y expectativas de vida que, en muchos casos, alejan a las generaciones más jóvenes de la actividad agropecuaria. La incorporación de actividades extraprediales, sobre todo en el caso de las no agropecuarias y asalariadas, puede ser el resultado –o resultar en el avance– de proyectos individuales que minan el compromiso con el proyecto conjunto y ponen en peligro la continuidad de la familia en la actividad.

En otros casos, por el contrario, se resignifican las actividades en una nueva clave, incorporando las perspectivas y los conocimientos propios de las generaciones actuales. Esto es, la incorporación de nuevas tecnologías y procesos en la actividad agropecuaria tradicional (diferente según las zonas de que se trate), la incorporación de actividades no tradicionales, con la identificación de nuevos mercados y demandas diferenciadas, y la inclusión en los esquemas familiares de prestación de servicios como el turismo rural. En estos casos, la pluriactividad suele incorporarse al esquema de reproducción familiar y de la explotación, fortaleciendo su situación; ya sea en base a un espíritu de unión familiar o a la conjunción de proyectos individuales que se orientan, al menos en parte, al sostenimiento del emprendimiento colectivo.

---

trabaje en la explotación pero su trabajo aporte al ingreso familiar total (más allá de la existencia de miembros pluriactivos), las familias pueden ser identificadas como pluriinsertas (Cucullu y Murmis, 2003).



Además de los elementos que hacen más borrosos los rasgos distintivos de las unidades familiares señalados hasta aquí y vinculados con la organización social del trabajo, otros dos procesos parecen estar incidiendo en la complejización de los actores sociales agrarios en relación con la racionalidad económica: el retroceso de las pautas de producción y consumo austeras (vinculadas generalmente con el campesinado) y la transformación del lazo con la tierra.

La “modernización” de la producción, la necesidad de incorporar tecnología y procesos innovadores como parte de los requerimientos del nuevo modelo productivo, la penetración cultural de la sociedad de consumo, el avance en la conquista de derechos de mujeres, jóvenes, niños y niñas, entre otros fenómenos, ponen en tensión pautas de conducta económica de raíz campesina, y los patrones de consumo asociados a ellas, y transforman las relaciones interpersonales y familiares.

Tradición familiar en la actividad agropecuaria, transmisión intergeneracional de conocimientos específicos, un manejo activo pero de baja propensión a la toma de riesgos importantes y la valoración del mantenimiento del patrimonio son elementos que pueden relacionarse con un pasado campesino, a pesar de que no sea referido en esos términos o se encuentre muy diluido por el paso del tiempo y las transformaciones sociales. Así, si bien no es habitual que los miembros de las familias productoras se refieran a sí mismos como campesinos o de origen campesino, la identificación de los “modos de hacer” con el origen de las familias daría cuenta de este fenómeno.

Las pautas de producción y de vida campesinas se van perdiendo por el avance de relaciones económicas más modernas: esto se evidencia claramente en el abandono de la autoproducción de alimentos (rasgo característico de la producción campesina) y en la mercantilización de los consumos. En la región pampeana, son muy pocas las familias que realizan actualmente producciones de autoconsumo, aunque sí pueden encontrarse casos que destinen algunos animales del rodeo vacuno a consumo, además de algunos cerdos y corderos, y mantengan una o dos vacas lecheras para proveerse de leche y crema. El modo de vida rural es puesto en cuestión, las prioridades productivas, económicas y familiares se establecen siguiendo nuevos parámetros y los costos implicados en la reproducción familiar aumentan (por el abandono de las producciones de autoconsumo, por ejemplo), lo cual imprime una mayor presión sobre los resultados de la unidad productiva e incide en las trayectorias laborales de los miembros de la familia.

Estos elementos dan cuenta de los cambios a nivel de la satisfacción de necesidades de la familia. Complementariamente, otros tipos de economías propias de la producción tradicional se van perdiendo, como la generación dentro de las explotaciones de insumos para la producción,



como combustible, fertilizantes o materiales para la construcción y mantenimiento de las instalaciones.

Esta serie de transformaciones va delineando estrategias y trayectorias que dejan atrás la “austeridad campesina”, un elemento que explicaría, al menos en parte, la capacidad de acumulación (y eventual capitalización) de las explotaciones y que se desvanece al avanzar estos factores modernizantes y diluirse el modo de vida autosostenible de las unidades agropecuarias tradicionales.

Al mismo tiempo, las nuevas exigencias van cambiando la racionalidad económica de los sujetos e inciden en el cálculo de ingresos mínimos necesarios para vivir dignamente. Ha ido cambiando la idea de lo que era la *vida normal de un hombre de campo: vivir bien, comer bien, sin nada de lujo, sin nada de... siempre pensar de vivir bien, la casa bien ordenada*, tal como la describe un miembro de una familia productora del sudoeste bonaerense<sup>11</sup>, y que bien podría sintetizar la situación de equilibrio a la que nos referíamos al caracterizar la producción familiar.

En un contexto económico y social capitalista, nada asegura la perdurabilidad de estos rasgos y las ventajas competitivas que de ellos se derivan. Por el contrario, a medida que ese pasado campesino va quedando cada vez más lejos temporal y/o territorialmente, es más difícil que sus elementos perduren como pautas de conducta de las familias productoras. Incluso, a pesar de que los cambios en el carácter social habitualmente suelen ser muy lentos y demorar varias generaciones, estas transformaciones pueden acelerarse por la influencia de los medios de comunicación masiva (Fromm y Maccoby, 1970, 172-173 y 308-309). También, pueden ser el resultado de cambios importantes en las condiciones de vida, como la radicación urbana, que modificó drásticamente el contexto de socialización primaria de las nuevas generaciones de productores rurales (Balsa, 2006). Por otro lado, el deseo de bienes de consumo masivo (y la desvalorización/rechazo de los productos hechos por la propia familia o comunidad) obligan a los productores a involucrarse cada vez más en el mercado (“commoditización”, Friedmann, 1980)<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> Este testimonio forma parte del relevamiento realizado para la elaboración de la tesis y puede consultarse en López Castro (2009).

<sup>12</sup> Kautsky destacaba la transformación sufrida por los campesinos europeos ante el avance de la industria capitalista: “a medida que avanza este proceso, más languidece la vieja industria doméstica campesina, aumentando en el campesino la necesidad de disponer de dinero” y para ello debían “convertir sus productos en mercancías”. “A la postre, el campesino se vio obligado a ser lo que hoy se entiende por campesino y que antes no había sido en absoluto: *un puro y simple agricultor*. [...] El campesino cayó así bajo el dominio del mercado, más incierto y veleidoso que el tiempo” (Kautsky, 1899:10).

La relación con la tierra, por su parte, ha ido transformándose con el avance de las formas y valoraciones moldeadas por el capitalismo. Se ha dado la paulatina y creciente mercantilización del recurso, mientras su incidencia en tanto patrimonio familiar se ha ido diluyendo.

El lazo con la tierra y su impronta en la construcción de identidad relacionada con ideales de autonomía y libertad es reemplazado paulatinamente por una valoración comercial, que la vuelve pasible de compra, venta o alquiler, según criterios de máximo rendimiento económico.

Manildo y Muzlera (2007), analizan los cambios ocurridos en los sentidos asignados a la tierra entre los productores familiares pampeanos<sup>13</sup>. Plantean que la tierra ha dejado de ser un referente identitario (de saberes prácticos transmitidos con la propiedad de la tierra, que definen modos de hacer y de ser) y es considerada crecientemente como una mercancía. Agregan, además, que el desanclaje de sentidos respecto a la tierra tiene consecuencias sobre el destino de la unidad y las trayectorias de las familias en la actividad: se amplía el horizonte de posibles cursos de acción respecto a la explotación, y la herencia deja de estar centrada en el referente concreto de la tierra y se identifica con otros legados como la educación superior (como herramienta para desenvolverse en las condiciones que impone la sociedad del conocimiento).

Así, como en otros aspectos, la lógica capitalista moldea cada vez más las estrategias de las familias en torno a la tierra. Pero, como también sucede en las demás esferas, el proceso aparece matizado. En este sentido, por un lado, la perspectiva sobre el patrimonio familiar es atravesada cada vez más por una lógica mercantil, lo cual representa una puerta de entrada a la posibilidad de contabilizar el costo de oportunidad del recurso tierra. Pero, por otro lado, la percepción de una renta impulsa a mantener la propiedad de la tierra (es decir, que se sostiene cierto vínculo con la actividad y el sector), aunque ya no como bien “sagrado” a proteger sino como medio “maximizador de ingreso”.

En síntesis, son numerosos los aspectos que han ido complejizando las características de lo que eran las unidades más típicamente familiares en la agricultura pampeana. En muchos casos, estos cambios significan un grado tal de distanciamiento en relación con el esquema ideal, que ya no resulta fructífero continuar caracterizando a estas unidades productivas como “familiares”, aunque puedan seguir identificándose rasgos origi-

---

<sup>13</sup> Si bien las características de los actores sociales que estos autores incluyen en su investigación difiere de los que nosotros identificamos como familiares, sus conclusiones resultan relevantes para comprender los procesos que se registran en el agro pampeano y afectan a los diversos tipos de unidades familiares.

narios de ellas. Sin embargo, otras familias productoras continúan con la mayor parte de las características básicas de las explotaciones familiares. Sus dinámicas no solo pueden ser comprendidas a partir de este modelo teórico, sino que consideramos que su análisis permite comprender los modos en que su persistencia/resistencia es posible en un contexto adverso a su continuidad.

## **La agricultura familiar en la región pampeana**

### ***Breve historia de las explotaciones familiares en la agricultura pampeana***

La agricultura en la región pampeana siempre estuvo centralmente a cargo de unidades familiares. Si dejamos de lado la producción agrícola en el período colonial y los primeros años del siglo XIX, la gran expansión agrícola que aconteció entre fines de ese siglo y las primeras décadas del XX nació mecanizada, ya que, como lo demostró Sartelli (1997), hubiera sido imposible, con la cantidad de mano de obra existente, desarrollar una agricultura de las dimensiones que presentó la pampeana sin recurrir a la mecanización de las tareas.

El “camino pampeano” de desarrollo agrícola en un contexto económico capitalista se caracterizó, desde fines del siglo XIX, por el predominio de las explotaciones mecanizadas, de base familiar, pero abiertas a la contratación de mano de obra asalariada, ya sea en forma transitoria para los momentos de mayor demanda de trabajo, o de modo permanente (uno o, en todo caso, dos peones), tanto porque los hijos del productor eran todavía muy pequeños o porque había logrado expandirse territorialmente. En este sentido, una segunda característica de este modelo era que las unidades tenían extensiones considerables en comparación con la agricultura cerealera de otros países. Estas extensiones se fueron incrementando a lo largo de las primeras décadas del siglo XX gracias a la mayor disponibilidad de capitales por parte de los arrendatarios más exitosos y a las posibilidades que la mecanización (incorporación de segadoras y cosechadoras arrastradas por equinos) brindaba para cultivar superficies cada vez mayores con la misma (o incluso menor) dotación de fuerza de trabajo. Una tercera característica era el predominio de la tenencia en arriendo o aparcería. El arriendo en dinero resultaba particularmente flexible para poder concretar estas expansiones territoriales, aunque la aparcería tampoco era en sí un obstáculo (a pesar de que las posibilidades de acumulación de los pequeños aparceros estaban seriamente limitadas por los cánones excesivos que cobraban los terratenientes y las imposiciones que establecían). Una particularidad del modelo pampeano, en cuanto a la tenencia del

suelo, era que estos arriendos y aparcerías se realizaban sobre campos de grandes propietarios, meramente rentísticos o con orientación ganadera. En algunas zonas se generaba una relación de asimetría extremadamente desigual entre terratenientes muy importantes y arrendatarios y aparceros de escasa capacidad económica.

Entonces, la mayoría de las unidades que protagonizaron el desarrollo agrario pampeano reunían las características que identificábamos como propias de la producción familiar: sin explotación de trabajo asalariado (excepto el estacional, especialmente, en el caso de la cosecha de maíz), con unidades centradas en el trabajo de la familia como equipo, con una racionalidad económica propia de la simbiosis entre unidades de producción y doméstica y de la búsqueda de la construcción de un patrimonio familiar (más que la preservación, era el intento de constituir dicho patrimonio), y construidas en torno a un modo de vida rural.

A lo largo del siglo XX, se registraron una serie de procesos de consecuencias contradictorias que fueron transformando el escenario agrario pampeano y las características de la producción familiar (esta cuestión la hemos analizado con mayor detalle en Balsa, 2006).

En todo el período, el proceso de mecanización del agro avanzó con efectos disímiles, según los períodos y las características del modelo productivo. En un primer momento, entre las décadas de 1950 y 1960, la incorporación de maquinarias (tractores y cosechadoras automotrices) actuó reforzando el carácter familiar de las unidades, al permitir trabajar extensiones cada vez más grandes sin tener que incrementar el número de trabajadores. Luego, las características del nuevo paquete tecnológico (vinculado a la soja transgénica) impusieron la intensificación del capital necesario para continuar en la actividad, elevando el tamaño mínimo para una explotación rentable e instalando los problemas de tamaño como uno de los factores centrales que moldean la estructura social agraria.

Es cierto que los mayores requerimientos de capital y las economías de tamaño pudieron “saltarse” relativamente gracias a la existencia de una amplia oferta de servicios de maquinaria, que permitieron a una pequeña unidad encarar la producción sin necesidad de poseer maquinaria. Sin embargo, el proceso de tecnificación fue produciendo la reducción de las posibilidades de empleo de los miembros de la familia. Al mismo tiempo, se redujeron los ingresos netos por unidad de superficie, ya que el incremento mundial en los volúmenes cosechados (que sólo recientemente ha sido correspondido con un aumento en la demanda) fue llevando a la caída de los precios de los productos, lo que se combinó con un incremento en los costos generado por la mayor inversión. Esta tendencia provocó que las unidades de menor extensión tuvieran crecientes problemas para afrontar los gastos que surgían de las necesidades de consumo del grupo familiar.

Si bien, hasta los años ochenta, la concentración no significó necesariamente la constitución de grandes explotaciones sino que se dirigió hacia las unidades de 200 a 1.000 hectáreas, desde entonces asistimos a una importante captura de tierras por parte de las unidades de más de 1.000 hectáreas (visible en la comparación intercensal 1988-2002). Estas grandes empresas pueden desarrollar una división del trabajo incorporando niveles de profesionalización que les permiten la aplicación de criterios científicos cada vez más elevados a la producción<sup>14</sup>, además de economías de escala y ahorros por políticas de comercialización y provisión de insumos. Nuevos actores y formas de producción (pools de siembra, fondos de inversión, terratenientes capitalistas, grandes productores) van ganando terreno, y la forma en que este fenómeno incide en la existencia y características de los actores sociales agrarios preexistentes se plantea como un interrogante central a resolver. En particular, aparece la inquietud acerca de las posibilidades de la agricultura familiar de sostenerse como tal en este contexto de profundización de las relaciones capitalistas.

Esta tendencia hacia la concentración de la producción agrícola se vio complejizada por las transformaciones que, desde mediados del siglo XX, tuvieron lugar en la tenencia del suelo. En primer lugar, desde los años cuarenta se dio un proceso de acceso a la propiedad de la tierra debido a distintos tipos de intervención estatal. Esto generó una cierta estabilidad y el afianzamiento de las familias y sus explotaciones. Luego, a partir de esta base en propiedad, muchas familias pudieron expandirse a través del arriendo de lotes vecinos y, así, hicieron frente a crecientes requerimientos de escala. Sin embargo, en las últimas décadas, muchas familias productoras no pudieron expandirse, y otras tuvieron que retraerse a sus lotes en propiedad ante la mayor capacidad de las grandes unidades capitalistas para conseguir campos en alquiler. Entonces, gran parte de los pequeños propietarios ha optado por arrendar sus lotes y convertirse en meros rentistas. Sin embargo, otros, a partir de cierta seguridad que les brinda la posesión de un núcleo territorial en propiedad, resisten tratando de sostener su actividad sobre superficies pequeñas en relación a los requerimientos del modelo productivo actual. Es sobre este tipo de unidades pequeño-medianas<sup>15</sup> que quisiéramos detenernos con mayor detalle.

---

<sup>14</sup> Esta cuestión de las ventajas de la gran explotación por posibilidad de la aplicación de la dirección científica, ya había sido planteadas por Kautsky (1989 [1899]:114).

<sup>15</sup> La denominación de "pequeño-medianas" hace referencia a que no constituyen unidades de subsistencia o de tipo campesino pero que, por su extensión, se ubican mayormente por debajo de la unidad económicamente rentable.

### ***La persistencia/resistencia de la agricultura familiar en el sudoeste bonaerense***

Si bien el contexto general de las últimas décadas ha resultado particularmente adverso para la producción familiar, existe un porcentaje relativamente importante de unidades productivas que lograron sostener su actividad bajo una forma de organización familiar o cercana a ella (tal vez, constituyan entre un diez y un veinte por ciento de los productores de la región).

Para conocer mejor estas situaciones, hemos analizado las trayectorias de diez familias a cargo de explotaciones pequeño-medianas<sup>16</sup> “exitosas” de la zona del sudoeste bonaerense, a lo largo de los últimos veinte años (más específicamente, localizadas en los partidos de Puán y Saavedra). Al hacerlo, buscamos poner de relieve los factores, procesos y rasgos que hicieron posible su permanencia en la actividad, aun a pesar de estar emplazadas en una zona agroecológicamente poco favorable e inmersas en un proceso que ponía en riesgo su subsistencia<sup>17</sup>.

Para lograr atravesar estas décadas, las familias del sudoeste desplegaron una serie de estrategias más o menos complejas, según los casos, entre las que se destaca particularmente la configuración de esquemas basados en un alto grado de diversificación productiva y de las fuentes de ingresos. Este tipo de esquemas, por su parte, presentan cierta continuidad con los sistemas productivos mixtos (ganadero-agrícolas o agrícola-ganaderos, según la zona del sudoeste de que se trate) que han sido históricamente dominantes en la zona, pero en estos casos habrían desarrollado ciertas particularidades. Estas familias han sumado a una mayor diversificación productiva, la diversificación de ingresos familiares, lo cual configuró esquemas productivos y reproductivos peculiares en relación con el contexto de creciente especialización productiva que caracteriza al modelo productivo hegemónico. Estos esquemas resultaron tener una alta incidencia en sus trayectorias de persistencia. Y, si bien no puede afirmarse la generalidad del fenómeno por lo acotado de la muestra que trabajamos, existen algunos indicios (testimonios de extensionistas y asesores y resultados preliminares de algunos estudios del INTA) de que se trata de un proceso con cierta difusión entre las familias productoras persistentes de la zona.

---

<sup>16</sup> Para los partidos donde se centra el análisis, la unidad económica ha sido establecida por ley en 400 has, y la mayor parte de las familias que incluimos en la muestra trabajan superficies por debajo de este límite.

<sup>17</sup> El desarrollo completo de este análisis puede encontrarse en López Castro (2009).

Entre los casos relevados, y en directa relación con la multiplicidad de actividades y tareas implicadas en las estrategias diversificadas, prevalecen sistemas de organización del trabajo familiar en que los miembros tienen determinadas tareas a su cargo, pero no en términos de proyectos independientes del conjunto, sino articulados en torno a un mismo esquema de producción/reproducción (un equipo de trabajo). Esto no quita, por otro lado, la existencia de proyectos personales, basados en preferencias e inclinaciones individuales. Sin embargo, no entran en contradicción con el proyecto común. De hecho, entre los casos estudiados, no se registran miembros que realicen actividades completamente autónomas respecto de la estrategia familiar: las búsquedas personales se conjugan y armonizan en mayor o menor medida con los objetivos familiares. De este modo, es posible hablar de una estrategia de trabajo en la que la familia es una unidad social y económica interactiva, y no una simple suma individual de actores<sup>18</sup>.

Es necesario aclarar que no se pretende soslayar con esta descripción la existencia de conflictos dentro de las familias. De hecho, se generan opiniones encontradas entre los integrantes de la familia respecto al emprendimiento de ciertas actividades y de los modos de manejar las diferentes producciones y trabajos. Sin embargo, el objetivo común de continuar en la actividad y poder garantizar el traspaso de la unidad a la generación siguiente opera como punto de encuentro en torno al cual se negocia y se buscan consensos que les permitan seguir adelante. Este tipo de esquemas de organización y de resolución de problemas se conecta en estos casos, en particular, con una mayor apertura en las relaciones familiares, una relativa moderación de los modelos patriarcales y una mejor predisposición al diálogo intergeneracional. Los hijos tienen más libertad y lugar para desarrollar sus propios proyectos dentro de la estructura de la economía familiar. En este aspecto, parece jugar un papel crucial la perspectiva de traspaso, que impulsa a padres e hijos a buscar alternativas que permitan dar sustento a las familias ampliadas y proyectar en el tiempo la continuidad de la familia en la actividad.

De este modo, las estrategias desplegadas por estos grupos familiares pueden definirse como poco individualizantes (al menos “hacia adentro” de la familia, la solidaridad en términos comunitarios parece tener otros rasgos) y orientadas a la permanencia de las familias en el sector.

En la configuración de las estrategias de estas familias, ese fortalecimiento del carácter familiar se hace evidente, además, a través del uso más intenso del factor trabajo aportado por sus miembros.

---

<sup>18</sup> Estructuras similares de organización de la mano de obra dentro de las explotaciones familiares son tratadas en Neiman, Bardomás y Jiménez (2001).



En general, las familias entrevistadas cuentan con el equipamiento básico necesario para desarrollar las actividades principales dentro de la explotación, por lo cual contratan servicios solo para tramos muy puntuales del proceso productivo, o para las tareas que requieren maquinarias más específicas, costosas o modernas. Esto da cuenta de que, si bien la contratación de maquinaria es un recurso utilizado con cierta frecuencia, responde a la necesidad de resolver coyunturas productivas y garantizar la realización de labores centrales sin incurrir en niveles de inversión fuera del alcance de la mayoría. En ningún caso se registra el reemplazo total del trabajo en la unidad por la contratación de servicios. La mano de obra propia sigue siendo fundamental en el funcionamiento de estas explotaciones.

Además, si bien tres de las diez familias incorporan trabajo asalariado permanente en las explotaciones a través de la contratación de un empleado en cada caso, esto no logra desdibujar el carácter familiar de estas unidades. La superioridad numérica de los trabajadores familiares involucrados en las explotaciones, y cierta informalidad (familiaridad) que caracteriza en estos casos a las relaciones de dependencia, propician que se den esquemas de trabajo mixtos, no asimilables a las relaciones asalariadas capitalistas. Más allá de las divergencias que pueden encontrarse entre las familias, relacionadas con la incidencia de tierra y capital en cada estrategia, hay un elemento coincidente: el incremento del trabajo familiar (ya sea en términos cuantitativos como cualitativos) en el sostenimiento de las estrategias familiares.

Teniendo esto en cuenta, puede señalarse que la posibilidad y capacidad de persistencia aparece relacionada con las “ventajas” que implica el funcionamiento de estas explotaciones en base a mano de obra familiar: la escasa remuneración del propio trabajo y la flexibilidad en términos de ingreso, tiempo de trabajo y tipo de tareas a realizar. Así, por un lado, la exclusión de la remuneración del propio trabajo del cálculo de los costos productivos aparece en los testimonios de estas familias como un elemento de gran importancia que ha permitido sostener las explotaciones, y que, si bien se reconoce algo “incorrecto”, se acepta como parte de “las reglas de juego” y de una forma de hacer y de producir, generalmente heredada de generaciones anteriores: uno no cuenta su trabajo [...] *Dicen que no está bien eso, que uno tendría que sacar la cuenta pero uno ha aprendido así y tan mal no nos ha ido...* (Testimonio de una mujer productora del partido de Puán).

Por otra parte, la incorporación de maquinarias y la escasa incidencia de los trabajadores contratados permanentes y transitorios da cuenta de una búsqueda de cierta autonomía en el manejo de las explotaciones. Así, la mecanización de las tareas permitió a estas familias sostenerse en la actividad sin tener que *cargarse con el problema de tener gente contratada*

(ésta es una problemática que aparece en casi todos los casos) y evitar los problemas de coordinación y supervisión que implica la incorporación de personal. Por su parte, la poca frecuente contratación de jornales se debe, en alguna medida, a la falta de mano de obra rural disponible pero, más usualmente, se explica por la seguridad que sienten al trabajar en familia. Contar con mano de obra proveniente de la familia garantiza el cuidado de lo ganado a base de sacrificio, además de la flexibilidad en términos de horarios, esfuerzo y remuneración.

Estas familias, en su totalidad, muestran una valoración positiva de la libertad que implica trabajar por su cuenta y el control que eso les permite tener sobre el proceso productivo, la toma de decisiones en el momento adecuado y el cuidado de la maquinaria y la infraestructura de que disponen. La confianza que inspira trabajar con alguien de la familia (por la unidad de objetivos y metas y la posibilidad de discutir y consensuar las decisiones más importantes) es identificada como un puntal, no solo desde el punto de vista económico sino afectivo.

En consonancia con esta alta estimación de la independencia, en los casos en que las estrategias incluyen actividades extraprediales, éstas se realizan mayormente por cuenta propia, lo cual les imprime un carácter particular, de continuidad con el modo de producir y trabajar en las explotaciones familiares, y facilita los intercambios de recursos y trabajo entre ocupaciones<sup>19</sup>.

Desarrollar actividades y generar sustento y posibilidades de acumulación con recursos propios aparecen como los principios rectores de las estrategias de estas familias, y permiten comprender que, en diferentes momentos de los últimos veinte años, hayan sacrificado el consumo doméstico para poder seguir produciendo. La mayoría de los casos muestra la combinación de una vida austera en términos de consumo con la inversión de los ingresos obtenidos en bienes y servicios que les permitieron continuar en la actividad y expandirse dentro de lo posible. Por otro lado, también incorporaron actividades alternativas que les permitieron dar sustento a la familia sin tener que incorporar tierras o trabajadores. Es el caso de algunas familias que integraron actividades intensivas (tambo, criaderos), pero con características tales que pudieran ser manejadas con los recursos propios de mano de obra.

Si bien, desde el punto de vista del estilo de manejo, estas familias del sudoeste podrían describirse como *cautelosas*, en determinadas coyunturas despliegan estrategias más activas y arriesgadas en términos producti-

---

<sup>19</sup> En unos pocos casos la oferta de trabajar como asalariados es un complemento de otras actividades dentro y fuera de la explotación. Una peculiaridad de este tipo de combinación es que quienes se emplean en relación de dependencia suelen ser las mu-

vos y financieros. Es que, si bien no se autoidentifican como “empresarios”, consideran que las unidades que operan son “empresas familiares” y persiguen objetivos acordes: conseguir los mayores retornos con los menores costos posibles y, para lograrlo, se dan los esquemas más eficientes posibles a su alcance. Las estrategias de estas familias son motivadas, tanto por los objetivos económicos que siguen la lógica capitalista en que se encuentran insertos, como por objetivos de satisfacción personal y familiar, de continuidad de tradiciones productivas y conservación de un legado a través de las generaciones.

Puede decirse, entonces, que durante los últimos veinte años, las trayectorias de estas familias productoras se caracterizan por el despliegue de una serie de estrategias específicas que implicaron una profundización de su carácter familiar. Así, estas familias productoras “exitosas” y sus recorridos aparecen relacionados con un proceso que se distancia del debilitamiento de las características familiares de las unidades (a raíz del avance de procesos de profesionalización y de división de la propiedad de los medios de producción), que algunos autores han señalado como relevantes para la generalidad de los productores pampeanos (Balsa, 2006) u otras zonas de la región (Gras, 2008). Esquemas productivos y reproductivos diversificados y un uso más intenso de la mano de obra familiar (en forma de equipo de trabajo) resultan elementos fundamentales a la hora de explicar la peculiaridad de estas trayectorias.

En otro plano de análisis, es posible identificar una serie de características relacionadas con lo vincular, lo cultural y lo social, las que aparecen explicando, en parte, las actitudes y motivaciones por detrás de las decisiones y prácticas que han llevado a estas familias a ser más “exitosas” que otras en su intento por permanecer en la actividad agropecuaria.

La preservación del patrimonio familiar y de un legado que traspasar a las generaciones más jóvenes aparece como un motivo de peso en la conformación de las estrategias de estas familias. Así, la reproducción intergeneracional de las explotaciones no está guiada solo por el deseo de asegurar un medio de vida a la familia en el largo plazo: junto con el traspaso de la tierra, se espera transmitir una forma de ser y de hacer que tiene, en general, años de tradición en la familia. En este aspecto, juegan un papel fundamental las buenas relaciones intergeneracionales y la apertura de los mayores para incorporar a las nuevas generaciones y sus ideas a las decisiones importantes

---

jeres, y que el ingreso de ese tipo de trabajos aporta al sostenimiento del hogar más que a la explotación, descomprimiendo la presión de los consumos personales de la familia sobre la unidad productiva. Esto, por otra parte, no descarta la utilización de esos fondos para cubrir costos del proceso productivo o de otras actividades que hacen, en conjunto, a la supervivencia de la familia.

en torno a la familia y la explotación. La capacidad de diálogo, relacionada con la escasa incidencia de actitudes patriarcales (y hasta su condena por parte de mayores y jóvenes), se evidencia en que han logrado sortear conflictos y tensiones en torno a las formas de organización de la producción y las tomas de decisión y continúan trabajando como equipo.

A diferencia de lo que parece ser frecuente en otros casos, estas familias no buscan “salvar” a sus descendientes del trabajo rural. Así, la permanencia de los más jóvenes en la actividad responde, tanto a las expectativas de los padres respecto a la continuidad de la familia en la actividad, como de los hijos respecto a la posibilidad de ocuparse en un trabajo con perspectivas de crecimiento económico y por su propia cuenta. Es decir, que, en estos casos, la perspectiva de continuidad no solo forma parte de los deseos de las generaciones mayores, sino que se encuentra, también, entre los más jóvenes, que consideran la actividad agropecuaria como un proyecto deseable (por apego a una tradición familiar y las características de su socialización), posible (por adecuado a sus competencias) y factible (por los procesos de cierta capitalización y de diversificación productiva y de ingresos que proveen posibilidades de proyección de la actividad en el mediano y largo plazo y su creciente participación en las tareas y decisiones productivas y familiares).

En cuanto al modo de vida, encontramos que, si bien la mitad de las familias vive en el pueblo (en estos casos, la mayoría poseen el campo cerca de la localidad), existe una cierta continuidad en los estilos de vida, que no parecen afectados en lo fundamental por el cambio de residencia.

Las familias que continúan viviendo en el campo, si bien no son ajenas a los procesos de creciente mercantilización de las diferentes esferas de la vida, aún conservan pautas de consumo bastante austeras y una forma de vivir sencilla. Los objetivos parecen ser tener “buenas casas” (confortables, limpias y bien mantenidas), comida de calidad, vehículos que les permitan moverse (pero sin necesidad de tener la *última camioneta*) y garantizar la posibilidad de esparcimiento algunas veces al mes (asistir a fiestas, visitar parientes en los pueblos cercanos, etc.). Además, la posibilidad de contar con ciertos bienes y servicios, como electricidad, telefonía, internet, acceso a medios de comunicación a través de la radio y la televisión y la incorporación de artefactos que hacen las tareas domésticas menos trabajosas, han hecho la vida en el campo menos dura que antes. Por otro lado, la relativa cercanía a los pueblos les garantiza el acceso rápido a servicios de salud y educación. Se percibe una apropiación de los beneficios de la vida moderna, junto con ciertos reparos frente al ansia de consumo y la demostración de status a través del estilo de vida.

Por su parte, las familias que residen en los pueblos trasladan, de algún modo, el estilo de vida del campo al pueblo, ya que, en general, la

mudanza no está relacionada con el disgusto respecto a vivir en el campo sino con la satisfacción de determinadas necesidades familiares, como la educación de los hijos y la posibilidad de acceder con mayor facilidad a los servicios de salud. Así y todo, a pesar de las ventajas que encuentran a vivir en los centros de servicios y comercio, es posible percibir, entre las familias “urbanizadas”, una melancolía de la vida en el campo. En este sentido, en todos los casos se expresa una alta valoración de la calidad de vida rural, una añoranza de la tranquilidad y el contacto con la tierra y un sentimiento de duelo por haber dejado su lugar de pertenencia.

Así, resulta evidente que los rasgos que identificamos como definitorios del perfil familiar de las explotaciones agropecuarias aparecen jugando un papel fundamental en las trayectorias exitosas de este grupo de familias productoras de la región pampeana, relativamente “marginal”. La combinación de esquemas productivos diversificados, sostenidos por un equipo de trabajo familiar, sin la contratación de mano de obra asalariada y la escasa tercerización de labores, movilizadas por una racionalidad particular y la preservación de un patrimonio familiar y un modo de vida rural parecen ser los pilares fundamentales para entender la persistencia de la producción familiar del sudoeste bonaerense.

## Comentarios finales

En este trabajo hemos propuesto una conceptualización de la producción familiar pampeana en términos típicos, para propiciar un análisis comprensivo y exhaustivo de las formas que adopta la producción agropecuaria actual en sus manifestaciones concretas. De este modo, procuramos identificar los rasgos distintivos y los procesos que han incidido en las últimas décadas diluyéndolos, poniendo en cuestión la capacidad de persistencia y la posibilidad de supervivencia de las formas familiares de organización productiva.

Los casos como los de las familias del sudoeste bonaerense permiten pensar que la persistencia/resistencia es posible en la medida en que se mantengan entrelazados los elementos fundamentales propios de lo familiar (aun cuando no sea en términos ideales). Si bien no puede decirse que haya entre estas familias una conciencia clara de que sus acciones representan una forma de resistencia frente al modelo agrario vigente, en sus discursos aparecen indicios que dan cuenta de cierto sentimiento de marginalidad respecto al grupo de los productores agropecuarios considerados eficientes y viables desde el discurso dominante, así como una reivindicación de su forma de ser y de hacer. Sienten que se enfrentan a un modelo que amenaza su perdurabilidad, entre otras formas, a través de la creciente presión y competencia sobre el suelo que implica el avance de empresarios prove-

nientes de la zona núcleo. Y, frente a esa amenaza, profundizan las formas de producción tradicionales e incorporan –apropiándose los elementos del modelo dominante que resultan funcionales a sus objetivos. Así, aun sin proponérselo, y sin intención política consciente por detrás, construyen una alternativa desde la práctica, que se contrapone a la imagen del agro concentrado y altamente especializado como la única posible.

En este sentido, su ejemplo nos permite afirmar que existe una potencialidad para pensar un modelo agrario alternativo. Sin embargo, para que una alternativa se concrete, será necesaria la construcción política, tanto desde el Estado como desde los propios actores agrarios involucrados. En este sentido, la matriz individualista, profundizada a partir del avance neoliberal, resulta un escollo difícil de superar. El propio accionar de muchos pequeños y medianos productores pampeanos durante el conflicto agrario del año 2008 puso en evidencia las tensiones entre la visualización de un incremento coyuntural de los ingresos (que produciría una reducción en el impuesto a las exportaciones agrícolas) y la falta de un proyecto agrario centrado en la defensa de las explotaciones familiares (más detalles en Balsa y López Castro, 2010). De hecho, en trabajos previos, ya habíamos identificado las debilidades ideológicas que presentaban los pequeños productores ante la fascinación del discurso tecnologizante (Balsa, 2008). En el caso de las familias estudiadas del sudoeste bonaerense, si bien hacia el interior de las mismas las soluciones individualistas son poco frecuentes y prevalece un espíritu colectivo, en lo que respecta a las relaciones con otros actores con quienes podrían articular acciones, no poseen la misma predisposición. Aun así, y a pesar de estas limitaciones, la sola presencia de estas familias, sus trayectorias y las situaciones en que se encuentran actualmente, luego de veinte años que resultaron muy problemáticos para una gran parte de las familias productoras, permite pensar en la posibilidad de un modelo agropecuario alternativo al que propone el discurso dominante.

## Bibliografía

- ABRAMOVAY, R. (1998), *Paradigmas do capitalismo agrário em questão*, Editorial Hucitec-Editora da Unicamp, Campinas.
- ARCHETTI, E. y K.A. STÖLEN (1975), *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- BALSA, J.J. (2004), "Transformaciones en los modos de vida de los chacareros bonaerenses en la segunda mitad del siglo XX y su contraste con los farmers del Corn Belt norteamericano", en Galafassi, G. (comp), *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina Agraria del siglo XX*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Buenos Aires.
- BALSA, J.J. (2006), *El desvanecimiento del mundo chacarero*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Buenos Aires.



- BALSA, J.J. (2008), "La ideología de los productores rurales pampeanos y su análisis en términos de las disputas hegemónicas", *Realidad Económica*, 237, 1º de julio / 15 de agosto, Buenos Aires.
- BALSA, J.J. y N. LÓPEZ CASTRO (2010), "Transformaciones socioproductivas, actores sociales y modelos de desarrollo rural en disputa. Reflexiones en torno al conflicto agrario reciente en la región pampeana", VII Jornadas de Investigación y Debate "Conflictos rurales en la Argentina del Bicentenario. Significados, alcances y proyecciones", UNQ, 19 al 21 de mayo, Bernal, Buenos Aires.
- BERGER, P. y T. LUCKMAN (1986), *La construcción social de la sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- BIAGGI, C.; C. CANEVARI y A. TASSO (2007), "Mujeres que trabajan la tierra", PROINDER-SAGPYA, Buenos Aires.
- CHAYANOV, A. (1985) [1924], *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- COPETTI, L.D. y F. BENTES TAVARES, (2007), "A permanência das formas familiares de produção agrícola no Brasil a partir do desenvolvimento do capitalismo: uma abordagem teórica", V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, 7 al 9 de noviembre, FCE-UBA, Buenos Aires.
- CRIVIOTTI, C. (2001), "Tendencias en el trabajo agrario y dinámicas familiares", V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo, Buenos Aires.
- CUCULLU, G. y M. MURMIS (2003), "Pluriactividad y pluriinserción: un estudio exploratorio en el partido de Lobos, Pcia. de Buenos Aires", en Bendini, M.; S. Cavalcanti; M. Murmis y P. Tsakoumagkos (org.), *El campo en la Sociología actual*, La Colmena, Buenos Aires.
- DJURFELDT, G. (1996), "Defining and operationalizing family farming from a sociological perspective", *Sociologia Ruralis*, Vol. 36, N° 3.
- ERRINGTON, A. y P. GASSON (1994), "Labor use in the farm family business", *Sociologia Ruralis*, Vol.34, N° 4.
- ERRINGTON, A. (1996), "A coment on Djurfeldt's definition of family farming", *Sociologia Ruralis*, Vol. 36, N° 3.
- FRIEDMANN, H. (1978), "World market, State and Family Farm: Social bases of household production in the era of ware labor", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 20, N° 4, pp. 545-586.
- FRIEDMANN, H. (1980), "Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations", *Journal of Peasant Studies*, 7 (2), pp. 158-184.
- GALESKI, B. (1977), *Sociología del campesinado*, Península, Barcelona.
- FROMM, E. Y M. MACCOBY (1992) [1970], *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, FCE, México.
- HILSINGER, R. y R.M. VIEIRA MEDEIROS (2007), "As perspectivas e desafios para a agricultura familiar brasileira nas próximas décadas do século XXI", V



- Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, 7 al 9 de noviembre, FCE-UBA, Buenos Aires.
- KAUTSKY, K. (1989) [1899], *La cuestión agraria*, Siglo XXI, México.
- LENIN, V. I. (1960) [1917], "Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura, El capitalismo y la agricultura en Estados Unidos de Norteamérica", *Obras completas*, T. XXIII, Cartago, Buenos Aires.
- LÓPEZ CASTRO, N. (2009), *La persistencia de la producción agropecuaria familiar pampeana. Estrategias y trayectorias en el Sudoeste bonaerense* (Puán y Saavedra, 1987-2007), Tesis de Maestría en Estudios Sociales Agrarios de FLACSO-Argentina, Inédita.
- LÓPEZ CASTRO, N. (2010), "Cuando la persistencia es una cuestión de familia. Relaciones familiares, traspaso y género en explotaciones agropecuarias del Sudoeste bonaerense (1987-2007)", *Revista Electrónica Mundo Agrario*, N° 19, CEHR/FAHCE-UNLP, URL: <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar>, con referato, ISSN 1515-5994, 2010
- MADDEN, P. (1967), "Economies of size in farming", *Agricultural Economic Report N° 10- USDA*, reimpresso por el Department of Agricultural Economics & Rural Sociology, Pennsylvania State University, mimeo.
- MANILDO, L. y J. MUZLERA (2007), "Nuevo modelo tecnológico, gestión de la explotación y sentidos asignados a la tierra en la agricultura familiar pampeana", V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, 7 al 9 de noviembre, FCE-UBA, Buenos Aires.
- MARX, K. (1983) [1867/1894], *El capital*, Editorial Cartago, Buenos Aires.
- MOONEY, P. (1988), *My own boss. Class, Rationality and the family farm*, Rural Sociological Society, Westview Press, Boulder, Colorado, USA.
- MURMIS, M. (1992), "Tipología de pequeños productores campesinos en América", en Posada, M. (comp.), *Sociología Rural Latinoamericana. Hacendados y campesinos*, CEAL, Buenos Aires.
- MURMIS, M. (1994), "Algunos temas para la discusión en la sociología rural latinoamericana: reestructuración, desestructuración y problemas de excluidos e incluidos", en *Ruralia* N° 5, FLACSO-Argentina, Buenos Aires.
- MURMIS, M. y S. FELDMAN (2005), "Pluriactividad y pueblos rurales: examen de un pueblo pampeano", en Neiman, G. y C. Craviotti (comp.), *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro*, Ed. CICCUS, Buenos Aires.
- NEIMAN, G.; S. BARDOMÁS, y D. JIMÉNEZ (2001), "Estrategias productivas y laborales en explotaciones familiares pluriactivas de la provincia de Buenos Aires", en Neiman, G. (comp.), *Trabajo de campo. Producción, tecnología y empleo en el medio rural*, Ed. CICCUS, Buenos Aires.
- SALAMON, S. (1992), *Prairie Patrimony. Family, farming and community in the Midwest*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press.
- SALAMON, S. (1989), "Persistence among Middle-range Corn Belt Farmers", en Gladwin, C. y K. Truman, *Food and Farm, Current Debates and Policies*,

La agricultura familiar “moderna”. Caracterización y complejidad de sus formas concretas...

Monographs in Economic Anthropology, N° 7, University Press of America, Lanham.

SARTELLI, E. (1997), “Ríos de oro y gigantes de acero. Tecnología y clases sociales en la región pampeana (1870-1940)”, *Razón y Revolución*, 3, invierno.

SHAIKH, A. (1991), Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política, Tercer Mundo Editores, Bogotá.

STÖLEN, C.A., (2004), *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*, Antropofagia, Buenos Aires.

WEBER, M. (1984) [1922], *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, FCE, México.

ZEBERIO, B. (1993), “La situación de los chacareros arrendatarios en la Pampa Húmeda, una discusión inacabada”, en Mandrini; R. y A. Reguera (comp.), *Huellas en la tierra, indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, IEHS, Tandil.

### **Agradecimiento:**

Queremos agradecer los constructivos comentarios de la colega Alejandra de Arce que contribuyeron a mejorar nuestro trabajo.